

## CAPITULO II

### LA PSICOSIS

Los conocimientos actuales en el dominio de la psicosis son bastante limitados, y los métodos terapéuticos, en consecuencia, resultan muy confusos y se hallan muy diversificados. Por ello, la aportación de J. Lacan en este aspecto nos parece particularmente positiva.

J. Lacan ha propuesto un principio de diferenciación de la neurosis y de la psicosis distinto del de Freud mismo en el plano de la terminología. En efecto, Freud considera que si el neurótico reprime los contenidos psíquicos destinados a llegar a ser inconscientes, el psicópata reprime, por su parte, lo real. Tal concepción parece significar que toda represión es patógena. Lo cual no es ciertamente la cuestión según los lacanianos, ya que precisamente la represión llamada «primaria» es, en opinión de éstos, la condición de la superación del complejo de Edipo y del acceso a lo simbólico, y que justamente es lo que el psicópata ha sido incapaz de llevar a cabo.

J. Lacan ha propuesto conservar el término de «represión» para la neurosis y denominar «forclusión» (repudio) el fracaso de la represión originaria co-responsable de la psicosis.

El término de «forclusión» —o repudio— corresponde al alemán «Verwerfung», utilizado por el propio Freud en el caso del «hombre de los lobos»

en el que lo contraponen al término «Verdrängung» o represión.

La noción de «forclusión», o repudio, ha sido notablemente aclarada por A. De Waelhens en el prólogo (73) que compuso para la obra del doctor Demoulin *Notions de psychiatrie phénoménologique*.

Lo más sustancial de este capítulo se inspirará, pues, en este texto de A. De Waelhens, junto a la contribución de las siguientes obras:

— los artículos de S. Leclaire «A propos de l'épisode psychotique que présente l'homme aux loups» (40) y «A la recherche des principes d'une psychothérapie des psychoses» (42).

— los artículos de J. Lacan: «Réponse au commentaire de J. Hyppolite sur la Verneinung de Freud» (16) y «D'une question préliminaire à tout traitement possible de la psychose» (21).

— el estudio del «hombre de los lobos» realizado por Freud en *Cinq psychanalyses* (5).

— la *Contribution à l'histoire d'une névrose infantile de Freud*, por Ruth Mack Brunswick (38).

La noción de «forclusión» es esencial para la comprensión de la psicosis, en el ámbito del pensamiento de Lacan.

A fin de delimitar claramente esta noción, es preciso contraponerla a la idea de represión que, en la teoría de J. Lacan, especifica, por el contrario, la neurosis.

«La represión» es «la prohibición hecha a un determinado contenido de aparecer en la conciencia. Esta prohibición no lo destruye, de suerte que si su carga es demasiado fuerte, o las fuerzas prohibitivas demasiado débiles, se manifestará bajo un disfraz o un camuflaje que constituye el síntoma» (A. de Waelhens, 73).

Esta posibilidad de retorno de lo reprimido se relaciona con el hecho de que el neurótico ha ad-

S

quirido el uso de los signos lingüísticos (—). Se

s

relaciona con el hecho de que el elemento a reprimir ha sido reconocido en un cierto momento como existente, que su significante ha sido simbolizado, situado, identificado en una red de conocimientos, e inscrito en la trama de un discurso personal.

«La represión puede concebirse como la puesta entre paréntesis o la ocultación artera de una experiencia ya virtualmente estructurada. Fácil es concebir que lo que ha sido velado así, pueda de nuevo, mediante el auxilio de circunstancias favorables, ser desvelado y reintegrado en la corriente dialéctica de la experiencia.» (S. Leclaire, 40).

«La forclusión» al contrario, no conserva nunca lo que rechaza o repudia: lo tacha o lo anula pura y simplemente. (A. de Waelhens, 73).

S. Leclaire propone una imagen para dar cuenta de la diferencia entre la represión en el neurótico y la «forclusión» o repudio en el psicópata:

«Si concebimos la experiencia como un pedazo de tela constituido por hilos entrecruzados, podríamos decir que la represión se representaría en él por algún desgarrón o descosido, que siempre cabría remendar de nuevo, mientras que la «forclusión» figuraría en él por alguna abertura debida al tejido mismo, en suma un agujero original que no podría encontrar nunca su propia sustancia, ya que ésta no habría sido nunca otra cosa que sustancia de agujero («trou»), y aquél no podría ser anulado, siempre de un modo imperfecto, más que por medio de otro retal.» (40).

De ello se deduce que un elemento vivido que ha sido repudiado no será nunca capaz o susceptible de reaparecer. Esta imposibilidad de volver a evocar la experiencia repudiada («forclose») tiene que ver con el hecho de que el psicópata no ha cobrado nunca conciencia realmente de la diferencia.

ción del significante y del significado. No ha tenido nunca acceso a la simbolización: un significante se pone en el lugar de un significado, que él no es. Equivale a decir que el psicópata no ha efectuado nunca, a propósito de esta experiencia, un juicio de existencia que la simbolice y la localice en la red del discurso constituido. La «forclusión» es anterior a cualquier posibilidad de represión, pues la represión, para que tenga lugar, exige un reconocimiento cualquiera previo del elemento a reprimir.

Pero tomemos un ejemplo muy esclarecedor de «forclusión». Se trata de un ejemplo imaginado por S. Leclair en el artículo 40 y admirablemente explotado por A. de Waelhens.

Dos compañeros en estado de embriaguez han sido golpeados y devueltos a sus casas por unos agentes de policía que recorren el barrio y a los que metafóricamente se les llama «hirondelles» (golondrinas).

Al día siguiente, ninguno de ellos se acuerda del suceso extraviado en las brumas del alcohol. Unas cuantas contusiones, el hecho de encontrarse en casa son los únicos testimonios de este suceso radicalmente excluido de la trama de los recuerdos.

Sin embargo, unos meses más tarde, uno de los dos amigos padece de pronto un delirio ornitológico en el cual se siente asediado y atacado por una multitud de pájaros, de golondrinas sobre todo, apenas deja su domicilio.

Así pues, los dos borrachos han borrado totalmente de sus recuerdos, han excluido y repudiado («forclos») su encuentro turbulento con los agentes ciclistas.

Algo, no obstante, ha venido a ocupar el lugar que ha dejado vacío el elemento repudiado: el delirio ornitológico.

El enfermo ignora el lazo de este delirio con el suceso repudiado. Para él, el ataque de las golondrinas es real. Así es como surge en la realidad (fantasmática y alucinatoria claro está) la pareja de pájaros que ha constituido el centro de la ex-

periencia no integrada. Sólo ha quedado el significante «hirondelle», pero privado de sus correlaciones con su significado: los agentes de policía en bicicleta.

«Lo que ha sido rechazado del orden simbólico, es decir el significante "hirondelle", es lo que reaparece en el curso del delirio en lo real, o por lo menos en un modo de experiencia delirante de la realidad, de una realidad marcada por el sello de lo imaginario y privada de toda dimensión verdaderamente simbólica.» (S. Leclair, 40).

¿Qué ha ocurrido?

Volvamos a la explicación de A. de Waelhens:

«Comprendo que se llame "hirondelle" a un agente ciclista porque sé que los agentes ciclistas recorren o surcan el barrio como las golondrinas surcan el cielo. Pero no podría comprender la relación y usar así la palabra y la imagen de la golondrina como significante del agente ciclista (que es el significado) a no ser que, al mismo tiempo, niegue yo que una golondrina sea simplemente un agente en bicicleta. Es esta negación co-constitutiva de la relación simbólica lo que el psicópata no realiza o no puede realizar. Al quedar rota esta relación, debido a la ausencia de tal negación, no le queda al sujeto más que la imagen visual y auditiva —la palabra— de la "hirondelle", que dejando propiamente de ser un significante, es transportada tal cual en la realidad.»

Sin embargo, además de la ausencia de esta negación, se registra en la «forclusión» o repudio la ausencia de todo juicio de existencia sobre el hecho repudiado, de manera contraria a lo que sucede en la represión, la cual supone que el hecho a reprimir ha sido reconocido como existente, simbolizado, localizado, situado en una red de conocimientos.

«La "forclusión" o repudio pone término a toda manifestación del orden simbólico, esto es, a la "Bejahung" (afirmación) que Freud postula como el proceso primario en que el juicio atributivo adquiere su valor, y que no es otro que la condición para que, desde lo real, algo venga a ofrecerse a la revelación del ser.»

«El juicio consiste en decir o en desdecir de una cosa una propiedad y debe confesar o atestiguar la existencia de una representación.» (J. Lacan: *Réponse au commentaire de J. Hyppolite*).

Todo juicio comporta, pues, dos vertientes: un juicio de existencia y un juicio atributivo.

Volvamos a nuestro ejemplo: «Los agentes ciclistas son golondrinas». Afirma la existencia del significado (agentes), le substituye un símbolo por un juicio atributivo, pero, al mismo tiempo, niega de forma subyacente que el agente sea pura y simplemente una golondrina.

La «forclusión» o repudio no efectúa ni el juicio de existencia ni la negación y sólo el símbolo permanece, pero éste pierde, debido a la ausencia de su relación con el significado, su verdadero valor de significante, de símbolo. No es nada más que una imagen tomada en su valor de realidad. Lo imaginario se ha convertido en lo real.

Vemos ahora lo que diferencia la «forclusión» o repudio de la represión. En efecto, ésta última ha operado la puesta en relación simbólica, luego la ha olvidado. Por consiguiente, siempre cabrá la posibilidad de restablecer la relación olvidada.

El ejemplo que acabamos de exponer muestra claramente la importancia, en la constitución de un sujeto normal, de la represión originaria, instauradora del lenguaje. Hemos visto igualmente que lo psicopático no efectuaba esta represión, y quedaba por esto mismo excluido de la dimensión simbólica.

A. de Waelhens define la represión originaria en estos términos:

«Acto por el cual el que se convertirá en un sujeto logra sustraerse a una experiencia o a una vivencia, para darles un sustituto que no son éstas, sustituto que proporciona a este sujeto distancia y respeto con relación a su propia experiencia. La represión primaria, sería, por tanto, el momento inaugural de todo lenguaje, como también el de la constitución de lo real en cuanto tal. En efecto, es evidente que lo real no alcanza la plenitud de su sentido más que si me aparece como en- sí y no sólo para mí y de mí.» (73).

Esta represión se refiere, pues, a la realidad en su inmediatez. Opera el tránsito del orden del hecho real al orden de la designación. Es, por tanto, la iniciadora del lenguaje. La represión primaria ha sido ya ilustrada por el ejemplo del juego del carrito de madera, que no vamos a repetir. Se observa así que es justamente el fracaso de esta represión primaria lo que implica para el psicópata la no-diferenciación del significante y del significado, y por consiguiente, la incapacidad para un empleo correcto del lenguaje. En efecto, la represión primaria incluye el juicio atributivo, el juicio de existencia y la negación de que antes hemos tratado.

Igualmente se advierte que es el fracaso de la represión originaria el responsable de la incertidumbre del psicópata acerca de su individualidad del sujeto: la represión originaria establece al sujeto en su individualidad, postulándolo como no siendo la cosa ni el nombre.

Evidentemente, en esta fase del desarrollo se impone una pregunta:

¿Qué es lo que ha hecho fracasar la represión originaria en el psicópata y ha colocado así al psiquismo bajo el régimen de la «forclusión» o repudio?

En el acto que constituye la represión originaria, el sujeto se postula como distinta y distinto de lo real y del sustituto que le da.

Este acto requiere, pues, un soporte de sí, un «significante originario de sí».

«No habrá sustituto posible de un contenido cualquiera, y por tanto, paso al régimen de la diferenciación del significante y del significado, si no hay, al propio tiempo, sustituto de sí. Ahí donde el sujeto no puede poner un negativo de su "coenesthésie" para designarla, significarla, como siendo su cuerpo, todo el proceso se inmoviliza o bloquea, o deja de iniciarse.» (A. de Waelhens, 73).

La actitud materna es aquí determinante. Y nos vemos remitidos a lo que J. Lacan llama la metáfora paterna. Si la madre trata a su hijo como el complemento de su propia carencia, como el falo al que, de otra parte, trata de identificarse, si así el hijo lo es todo para ella y con ella se confunde en una unión difusa (el sujeto), no puede disponer de su individualidad.

Si, por el contrario, la madre reconoce al padre la función de hacer reinar la ley de las sociedades, mediante el respeto de su palabra, el hijo, al aceptar la castración como el acto simbólico del padre, encontrará, con el acceso al orden del símbolo y del lenguaje, el significante originario de sí: el nombre y el lugar que está destinado a ocupar en la constelación familiar.

Será, entonces, capaz de operar sobre las cosas el acto que las nombra y las sitúa como exteriores a él mismo, como en-sí. Así, se diferenciarán el sujeto, el símbolo y lo real, único procedimiento de escapar a la captación imaginaria de las cosas.

«Es en un accidente del registro simbólico y de lo que en él se cumple, es decir, el repudio del Nombre-del-Padre en el lugar del Otro, y en el fracaso de la metáfora paterna, donde designamos nosotros el defecto o la falla que proporciona a la psicosis su condición esencial junto a la estructura que la separa de la neurosis.» (J. Lacan, 21, pág. 575).

Subrayemos que es posible, claro está, que la psicosis se produzca en una edad ulterior a aquélla en que se efectúa la «forclusión» o repudio del Nombre-del-Padre. Efectivamente, J. Lacan prosigue en los términos siguientes:

«Para que la psicosis se ponga en marcha, es preciso que el Nombre-del-Padre — "Verworfen", repudiado ("forclos"), es decir, nunca sobrevenido en el lugar del Otro— sea ahí llamado en oposición simbólica respecto al sujeto. Ahora bien, ¿cómo el Nombre-del-Padre puede ser llamado por el sujeto al único lugar en que nunca ha estado? Por ninguna otra cosa que un padre real; de ningún modo el padre del sujeto, sino un padre. Basta que este "un-père" se sitúe en posición tercera en cualquier relación que tenga como base la pareja imaginaria a-a', es decir, yo-objeto, o ideal-realidad, interesando al sujeto. Que tal situación se presente a la mujer que acaba de procrear en la persona de su marido, para la penitente en la figura de su confesor, para la muchacha enamorada en el encuentro con el padre del joven del que se halla enamorado, la encontraremos siempre en la orilla o margen de la psicosis.» (J. Lacan, pág. 577).

En resumen, es la no-atribución por la madre de la función de ley a la palabra del padre lo que impide al niño acceder a la metáfora paterna, es decir, al padre concebido como autoridad separadora del niño y de su madre. Esta actitud deja al niño sometido a la relación dual de identificación con la madre y le quita toda posibilidad de acceso al orden del simbolismo y del lenguaje.

Creemos oportuno recordar en este punto que la fórmula de la metáfora paterna, dada por J. Lacan para la época del Edipo, no la consideran determinados autores (Stein, por ejemplo) como el primer brote de la represión originaria. Este último tendría lugar mucho antes, pues el niño de 4 años tiene ya acceso al lenguaje. La sustitución de

la vivencia del deseo de la madre por un símbolo cualquiera, sustitución por la cual el niño renuncia a la posesión de su madre distanciándose de la urgencia de tal vivencia, constituye ya una suerte de metáfora paterna elemental.

Qué será en adelante este sujeto psicópata, privado de la dimensión simbólica del lenguaje, indeciso sobre su individualidad y sobre la del prójimo. ¿Cuál será el modo de comunicación del psicópata, cuál será su visión del mundo?

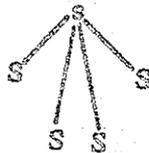
Sería útil operar, previamente a esta reflexión, y siguiendo a S. Leclaire (42), una distinción entre el delirante (paranoico, por ejemplo) y el esquizofrénico. A grandes rasgos, el psicópata se halla caracterizado por una alteración radical del uso

S

del signo lingüístico —, pero esta alteración toma una forma diferente según se trate del delirante o bien del esquizofrénico.

Para el esquizofrénico, todo significante puede ser llevado a designar un solo y mismo concepto o significado. Dicho de otra forma, el concepto o significado no está ligado de modo estable a un significante, sino que para designar este significado caben numerosas permutaciones de significantes.

He aquí el esquema de esta perturbación:



El esquizofrénico vive, por tanto, en un mundo de símbolos múltiples, y lo que se altera en este caso es la dimensión de lo imaginario, de los conceptos.

Por el contrario, para el «delirante» un solo significante puede designar cualquier significado. El significante no está ligado a un concepto definido.

Así, por ejemplo, el «perseguidor» (delirio de persecución) será intercambiable.

Se podría, a la inversa, representar la alteración en juego en el delirante por este esquema:



Aquí, lo que falla es la dimensión propiamente simbólica, la posibilidad de las denominaciones. El delirante vivirá, desde ese momento, en un mundo imaginario.

Veamos, pues, *el problema de la comunicación* (la relación yo-tú) en el delirante.

Se tratará esencialmente en el estudio de la comunicación y de la visión del mundo en el psicópata de las características del delirante, problema al que con mayor frecuencia prestan su atención los autores.

Tomemos como punto de partida el estudio del esquema de la comunicación del psicópata, suministrado por S. Leclaire en el artículo «A la recherche des principes d'une psychothérapie des psychoses» (42). Lo enriqueceremos con las reflexiones de R. De Waelhens (73).



En este esquema en forma de Z, S y A representan el sujeto y el otro, los dos términos de la comunicación. Además, *a* es el yo del sujeto, y *a'* el yo del interlocutor. Recordemos que el yo no es sujeto, y que está más cerca del personaje, de la apariencia, del papel que no de la subjetividad. El yo se sitúa del lado de lo imaginario, mientras que la subjetividad se sitúa del lado de lo simbólico. El yo es el lugar de las identificaciones alienantes del sujeto. *a a'* es, pues, el eje imaginario, mientras que la diagonal que une S y A es el eje simbólico, puesto que una virtualmente dos subjetividades irreductibles; S A representa una suerte de comunicación sin intermediario, sin desvío, igual que en la mística.

Hemos mostrado que el psicópata se halla indeciso en lo que concierne a su subjetividad, como también en lo que se refiere a la del otro.

El hombre normal hace de su discurso el significante de su propio ser y si habla de las cosas las postula en cuanto no son él mismo. Cuando el hombre normal habla de él mismo, describe evidentemente un yo, pero trata de hacer este yo idéntico a su subjetividad mediatizada por el lenguaje.

Por el contrario, el delirante descentra el ser del cual habla (él mismo de hecho) tanto de su subjetividad como del yo del discurso, habla de sí mismo como si hablara de otro, de una cosa entre las cosas. Se ve a sí mismo como el prójimo lo ve a él, como un objeto. El delirante ha perdido, pues, toda trascendencia con relación a los objetos, y su discurso no es expresivo de una subjetividad. El discurso del delirante no pertenece a su subjetividad y el yo que describe no coincide con ella, es otro, un objeto. En suma, hay ruptura de la unión entre S y *a*.

Asimismo, del lado del interlocutor hay ruptura entre A y *a'*.

La única vía de comunicación que queda es *a a'*, el eje imaginario, lugar de la oposición dual.

El delirante, al haber perdido el centro simbólico de su subjetividad, no se identifica ya como

singular, único: fácilmente tiende a confundirse con otro. De yo a tú, la oposición es clara, pero no lo es tanto de un sí mismo con otro sí mismo. En un mundo en el que no reinan más que los «on» y los «ils» la confusión es fácil, como dice A. De Waelhens. Por consiguiente, no se registrará en los delirios ninguna distribución exacta de los papeles; no habrá ni «yo», ni «tú», sino sólo «ils» (ellos).

Hay que advertir que el caso del esquizofrénico es distinto.

Por el contrario, el eje privilegiado es el eje S A.

El esquizofrénico no tiene yo, no se identifica con nadie y se experimenta o se vive como una subjetividad radical, participando de la esencia divina.

¿Cuál será, pues, la relación con el mundo del delirante?

Volvamos en síntesis a las concepciones de A. De Waelhens.

«El delirante contempla en todo momento fotografías de una realidad (réel) petrificada en la que él mismo figura. Cuando habla de las cosas, describe y produce estas fotografías.»

La pérdida de la relación simbólica lo circunscribe y paraliza en lo imaginario, sin distancia respecto a las cosas de este mundo.

Tenemos siempre que aprehender el objeto percibido multiplicando sus perfiles para restituirlo integralmente. Para el delirante, el significante es la cosa y no su «mediato», todo es imagen y la imagen es de un solo golpe todo lo que ella es, no tiene sentido el describirla.

La realidad es la imagen, una pintura. No existe diferenciación entre el significante y su significado y el eje privilegiado es lo imaginario.

Al final de su introducción al libro del Dr. Demoulin, A. De Waelhens plantea dos cuestiones acerca de la psicosis. Es interesante reproducirlas aquí, por cuanto conciernen al problema de la validación de la tesis de J. Lacan según la cual el origen

de la psicosis, así como el inicio del régimen de la indiferenciación del significante y del significado, se remonta al complejo de Edipo, o al menos al momento iniciador del lenguaje, cualquiera que sea su época precisa.

A. De Waelhens plantea, antes que nada, la cuestión de saber si el psicópata ha sido siempre psicópata, o si ha habido un instante de tránsito de la salud a la enfermedad.

Aparentemente, la psicosis se instala de pronto, en un cierto momento preciso de la existencia.

Sin embargo, ciertos hechos parecen indicar lo contrario.

Una enferma —nos dice A. De Waelhens— habría presentado las primeras formas de la enfermedad a la edad de 17 años, tras haber cursado con excelente aprovechamiento estudios de humanidades.

El padre confesó, no obstante, que su hija había sido siempre un tanto extraña. Así, a los diez años se levantaba por la noche para comprobar en el espejo si su nariz seguía ocupando su lugar propio. Esta extravagancia indica claramente que la muchacha no ha accedido nunca al sentido simbólico de la castración, sino que la tenía, en una alucinación, por un acontecimiento real. La realidad era experimentada, pues, de un modo imaginario y delirante.

De otro lado, parece —prosigue A. De Waelhens— que un porcentaje enorme de crisis psicópatas sobrevienen el año de la muerte del progenitor de sexo opuesto. Así pues, parece evidente que es la no-accesión del sujeto al sentido simbólico del Edipo y de la castración el punto de origen de la psicosis. La castración, al no haber sido simbolizada, reaparece bruscamente en la realidad. A. De Waelhens cita así el ejemplo de una mujer que fue internada por vez primera tres meses después de la muerte de su padre. Esta mujer pretendía haber sido amputada del dedo cordial derecho.

La segunda cuestión planteada por A. De Waelhens es la siguiente: ¿conserva realmente el psicó-

pata un uso normal de la palabra para los lugares comunes, o bien lo basta toda la confusión del significante y del significado?

El esquizofrénico sería aparentemente capaz de un uso correcto del lenguaje para los lugares comunes: citar el mes, o indicar el tiempo, por ejemplo.

Pero de hecho no se trataría en tal caso sino de discursos aprendidos y repetidos.

Interrogando al psicópata —hace notar A. De Waelhens—, pronto se da uno cuenta de que los significantes «jambon» o «piile», por ejemplo, significan para él algo completamente distinto de lo que significan para nosotros.

A. De Waelhens cita entonces dos casos: el de una dama que pretende ser ciega, y que, no obstante, no vacila nunca en nombrar el color de su «cravate» o de su vestido «sé cuál es —dice ella—, pero no lo veo. Es terrible ser ciego». Evidentemente, el sentido que da la paciente al significante «ver» no es el mismo para nosotros.

El otro caso es el de una persona que se interesa bastante por los cambios de vestimenta de sus médicos: es porque sabe bien que «vestir el azul no significa lo mismo que vestir un color oscuro». Así pues, parece que el psicópata, pese a las apariencias, no es capaz de usar correctamente el lenguaje.

Dentro de los límites de este estudio de la psicosis bajo el punto de vista lacaniano, intentaremos un análisis personal del caso del «hombre de los lobos» referido por Freud en su libro *Cinq psychanalyses*.

El caso del «hombre de los lobos» no es francamente psicópata, el análisis que sufrió con Freud lo liberó más bien de una neurosis de formas variables: histérica, obsesiva, hipocondríaca, maniática.

Sin embargo, conoció unos años después de su cura analítica un episodio psicópata que ofreció —según Ruth Mack Brunswick, que en aquel momento se ocupó de él —el aspecto de la paranoia.

Este caso bien puede esclarecerse mediante la

noción lacaniana de «forclusión» o repudio. El elemento repudiado es en este caso la castración materna y su propia castración simbólica en el Edipo.

Este caso justifica las teorías lacanianas en cuanto que demuestra claramente cómo una no superación del Edipo y de la castración priva al sujeto del uso correcto de la diferenciación del significante y del significado, de las relaciones simbólicas del lenguaje, y lo coloca bajo el régimen de la «forclusión» o repudio, es decir, lo instala en una vivencia delirante en que la castración se vivirá alucinatoriamente como real.

Es lo que nos proponemos mostrar aquí, sin llevar demasiado lejos nuestro análisis.

A tal efecto, restituimos una síntesis cronológica de los acontecimientos reales o imaginarios del pasado del «hombre de los lobos». Estos elementos se presentarán de una manera un tanto simplificada, sin detalles conexos y de acuerdo con un orden distinto del que fue presentado en los cursos de psicoanálisis.

Nuestro objeto no es el hacernos una idea de los meandros de la cura analítica, sino el de proporcionar un ejemplo capaz de iluminar y de justificar la noción de «forclusión» o repudio en la psicosis. Esto es lo que brevemente haremos, continuación de la presentación de la anamnesis.

A la edad de un año y medio: el paciente, atacado de malaria, se aloja en la habitación de sus padres. Hacia las cinco de la tarde, se despierta, abre los ojos y es testigo de un coito a tergo entre sus padres, ligeramente vestidos de ropas interiores blancas. Puede observar así la conformación sexual de sus dos progenitores. Observa el miembro erecto de su padre y constata la castración de su madre. Sólo una abertura, una herida le queda en el lugar en el que hubiera debido encontrarse el falo. El niño interrumpe el coito por una deposición (excitación anal); el sentido de esta reacción vegetativa, como otra vez veremos, es el de una identificación con la

madre en la escena del coito, y por tanto, de una excitación sexual consecutiva a una relación a tergo imaginada con el padre.

A 2 años y medio: el sujeto vive la escena siguiente: una joven criada está arrodillada y refriega el suelo. Reconoce en esta posición la que había observado su madre durante el coito. De esta forma asimila la joven criada con su madre. La excitación se apodera de él. El niño se identifica aquí con su padre en cuyo gesto no había visto sino una micción y orina en la pieza. La doncella replica a este gesto con una amenaza de castración.

A los 3 años y 3 meses: su hermana mayor se apodera de su miembro y lo manipula, refiriéndole al mismo tiempo que su vieja doncella Nania hace igual con el jardinero al que previamente pone sobre la cabeza, con las piernas en V.

Hacia esa época, el niño, dulce y tranquilo antes, se vuelve colérico e irritable; al mismo tiempo aparecen fantasías masoquistas: el hijo heredero del trono es golpeado en el pene.

De los 3 años y medio a los 4 años: el niño se ve confrontado a todo un conjunto dado de orden simbólico: alusiones de su entorno a la castración, cuentos infantiles en los que intervienen principalmente lobos que desdichadamente pierden el rabo. Se ve en presencia de símbolos fálicos: el bastón, la serpiente, el sombrero, etc.

Estos datos simbólicos que hubieran podido proporcionar al niño el sentido verdadero del coito observado y de sus condiciones, va a engendrar en él una dualidad interna: la aceptación y la negación simultáneas del sentido simbólico de la castración.

A los 4 años: en esta edad se sitúa el sueño de los lobos que proporcionó al paciente el sobrenombre con que lo designamos.

«Era de noche y estaba acostado en mi cama. Delante de la ventana, había unos viejos nogales. Era el invierno. De pronto, la ventana se abrió ella misma, y con gran espanto vi sobre

el nogal seis o siete lobos blancos sentados. Más bien parecían zorros o perros de pastor, pues tenían grandes rabos como los zorros y las orejas levantadas igual que perros al acecho. Presa del terror de ser devorado, grité y llamé a la doncella.»

El análisis del sueño Freud lo lleva a cabo del siguiente modo:

— los largos rabos de los lobos son una compensación de la ausencia de rabo o cola. El sueño evoca, en efecto, los diversos cuentos en que un lobo tiene cortado el rabo.

— el temor a ser devorado recuerda los cuentos en que el lobo se come a alguien. El lobo es el sustituto del padre; éste último regañaba tiernamente: «Voy a comerte». El niño teme, pues, a su padre.

— el paciente subraya en su sueño la fijeza de la mirada de los lobos, su inmovilidad y la impresión de realidad que se desprendía de la visión.

El sentimiento de realidad en el sueño remite a menudo a un acontecimiento real vivido anteriormente y después olvidado.

El sueño alude al coito observado al año y medio. «La ventana se abre ella misma» significa: los ojos se abren ellos mismos sobre la escena primitiva. Mirar con atención debe, pues, desplazarse sobre el soñador, y la inmovilidad del lobo es una representación por lo contrario del movimiento violento de la escena primitiva. Los lobos blancos aluden a la blancura de la ropa interior.

La interpretación del sueño nos permite resumir el estado psíquico del niño de 4 años.

El sueño tuvo lugar la vigilia de Navidad, fecha del aniversario del niño. Gracias a la espera de los regalos de Navidad, el deseo inconsciente de recibir la satisfacción sexual de la parte de su padre se ha abierto un camino en el psiquismo. Este deseo ha revivificado al mismo tiempo el recuerdo del modo de satisfacción sexual por el padre y la visión de la castración. La luz se ha hecho enten-

ces sobre el sentido real de la escena primitiva gracias a las rememoraciones de los diversos cuentos en que algún lobo pierde el rabo y gracias a las alusiones variadas a la castración. El horror y el espanto se apoderaron inmediatamente del niño, lo cual se expresó en el temor de ser devorado. El deseo fue reprimido y remplazado por el temor de la castración y por la fobia de los lobos. La asimilación del padre al lobo se ha realizado a través del cuento de la Caperucita Roja en el que un grabado mostraba el lobo erguido, con una pata hacia delante. La posición de la pata ha reanimado en el niño el recuerdo de la erección del falo en la escena primitiva. La secuencia de pensamientos que han traído el sueño es, pues, la siguiente: un deseo sexual inconsciente de relación con el padre ha evocado el recuerdo de la escena primitiva con toda su violencia, así como el recuerdo de la castración de su madre que a partir de entonces se le ha aparecido como una condición de estas relaciones con el padre. El pánico y el horror se han apoderado del niño; ha rechazado su deseo así como la realidad de la castración.

Consecutivamente a este sueño nace en el niño una terrible fobia hacia los lobos, los caballos, las mariposas.

«Un día andaba tras una bella mariposa con las alas listadas de amarillo. De pronto, al posarse la mariposa sobre una flor, fue acometido de un violento pánico y se alejó aullando.» Lo que principalmente lo había aterrorizado fue el movimiento de abertura y de cierre de las alas (abertura de las piernas, dejando ver la castración).

A esta edad igualmente le ocurre hacérselas en los pantalones. Dice entonces imitando a su madre: «No puedo seguir viviendo así». De este modo se identifica el niño con su madre que sufre de los órganos genitales (intestinos para el niño). Este creía, por otra parte, que este mal le venía de los malos tratos de su padre. Ahora bien, al mismo tiempo el niño teme ser víctima de la disentería; ello equivale a un rechazo de identificación con su

madre. Este temor a identificarse con su madre proviene del rechazo (reacción frente a un deseo más profundo) de una relación anal con el padre.

Aquí se manifiesta ya la dualidad del enfermo en lo que concierne a la castración. Al identificarse con su madre, acepta la castración, y de otro lado, al negarse a identificarse con ella, rechaza la castración, es decir, ser igualmente la pareja de su padre en el coito.

Parecido fenómeno darán a las deposiciones una particular significación: el sentido de un regalo u obsequio, de un niño que se da a cambio del comercio sexual; el sentido de falo también, en razón de la similitud de las formas y de la impresión cutánea que engendran. Las heces significaron también el dinero por su relación común al regalo.

Cabe decir, en fin, que el rechazo de las heces se convirtió en símbolo de la castración, pues las heces representaban de otra parte el falo.

En suma: heces —niño— pene constituyeron para el niño, según Freud, un concepto único: el de una pequeña cosa que puede ser separada del cuerpo.

A la edad de 5 años: el niño tiene la alucinación siguiente:

«Jugaba en el jardín al lado de Nania, su niñera. Hundía su navaja en la corteza de un árbol. De pronto, advirtió que se había cortado un dedo, que sólo permanecía sujeto a la mano por la piel. No le sangraba. No se atrevió a decir nada a Nania y tuvo que sentarse para reponerse. Tranquilo, se miró el dedo y vio que estaba intacto.»

En el período de la pubertad: el hombre de los lobos se enamora, de manera coercitiva y fetichista, de las mujeres en postura de «levrette»: arrodilladas e inclinadas hacia adelante (en el lavadero, por ejemplo). Tal predilección es el signo de la influencia inconsciente de la escena primordial sobre toda la vida del sujeto.

En la época del análisis de Freud: el paciente se hace practicar irrigaciones por uno de sus criados y éstas se acompañan de una fantasía (fantasme) muy significativo que el paciente resume en estos términos: «El mundo se envuelve en un velo que tan sólo se rasga en el momento en que la irrigación me hace descargar el intestino. Entonces me siento de nuevo bien, aunque por corto plazo, y veo claramente el mundo.»

En el curso de su análisis con Freud se producen los dos sueños siguientes, que significan ya un paso hacia la curación. «Un hombre arranca las alas a una «abe».

El sueño alude evidentemente a una abeja (Wespe). Notemos que A. B. son las iniciales de su nombre. La «abe», privada de su W en el sueño, lo muestra así castrado. Esto se halla igualmente atestiguado por la intervención del significante V que se ha fijado en su inconsciente como símbolo de las piernas abiertas sobre una herida (cfr., en efecto, con la mariposa, la V romana de la hora Va. de la escena primordial, la M invertida de la madre o de Matrona (la mujer del lavadero), el signo de las orejas de los lobos, la V de la postura del jardinero en los actos supuestos de Nania).

El hombre anónimo del sueño que arranca las alas de la abeja es el propio Freud a quien el enfermo demanda la castración. Freud es asimilado a su padre, pero al mismo tiempo el hombre de los lobos pide de esta suerte a Freud que lo libere de la hegemonía de su madre.

En el segundo sueño «el paciente se encuentra con su madre en una habitación. Una pared está llena de iconos o imágenes. Su madre los descuelga y los tira al suelo, donde se rompen.

El sueño muestra al paciente en vías de curación. Se sustrae al imperio que su madre ejerce sobre él. Es sabido que esta última le enseñó entre los 4 y los 10 años la historia sagrada, y provocó, de otra parte, en el niño una neurosis obsesiva de contenido religioso.»

En el curso del análisis con Ruth Mack Brunswick, el enfermo alterna entre una sintomatología dentaria y una sintomatología de la dermis localizada en la nariz (símbolo fálico). Va de un dentista a otro, dos de los cuales se llaman Wolf (lobo). Por sus exigencias, provoca su cólera o su sadismo y se hace arrancar un buen número de dientes. Un día se desvanece en el curso de un tratamiento (especie de éxtasis).

— Este mismo comportamiento se reproduce en relación con los dermatólogos, con ocasión de infecciones de las glándulas sebáceas de la nariz, o a propósito de algunos granos o espinillas (alucinaciones) en la nariz.

Va de dermatólogo en dermatólogo. Un día cae en éxtasis porque un médico le perfora un grano infectado. Finalmente, lo trata por electrólisis, le deja una huella indeleble y se gana su fobia más feroz: «X. lo ha castrado, es su enemigo mortal».

— Sueño de castración del padre: se trata de una venganza de la castración que cree haber sufrido por parte de su padre (X. es identificado con su padre).

El caso del hombre de los lobos presenta graves tendencias a la psicosis delirante. He aquí la interpretación que puede darse de ello, ilustrada por las tesis de J. Lacan.

El hombre de los lobos había oído decir, de muy pequeño, que había nacido «cubierto»; es decir, favorecido por la suerte. Su madre nada hizo por desviarle de sus ilusiones. Al contrario, muy pronto lo invistió ella como objeto privilegiado de su deseo. Incluso cabe preguntarse, como lo hace Leclaire (47), si el recuerdo de la escena de seducción por su hermana a la edad de 3 años y 3 meses no es un recuerdo encubridor que ocultaría el de una seducción por su propia madre.

Lo que es indudable es que el niño se creía un demiurgo, un intocable (había nacido el día de Navidad).

Este estatuto de privilegiado de su madre trajo

consigo, cuando la observación del coito, al año y medio, un verdadero drama amoroso:

«Si su madre se complace de tal suerte con otros, su mundo se derrumba. Su única defensa es gritar que no es ella y postular el cuerpo femenino en cucullas como objeto, negándole su verdadera identidad... Esta contestación se sustituye a un verdadero acceso a la castración.» (S. Leclaire).

Si seguimos a S. Leclaire, el hombre de los lobos habría negado, pues, la identidad de su madre en la escena primordial con el fin de permanecer el objeto único y privilegiado de su deseo.

La continuación de su evolución muestra, por otra parte, que no ha tenido acceso al simbolismo de la castración: la de su madre que le hubiera revelado la realidad de la diferencia de los sexos y la suya propia en tanto que separado de su madre.

El negar la castración le permite seguir siendo el elegido de su madre, identificado con el falo, pero al mismo tiempo, esta negación lo priva de su individualidad, de su singularidad de ser autónomo.

De ahí esa dualidad fundamental que se observa en tal paciente con respecto a la castración: la desea y la teme a la vez.

La desea con el fin de curar, esto es, de volver a encontrar su autonomía, pero la teme porque le priva de la unión dual con la madre.

Si la interpretación de S. Leclaire se verifica de múltiples modos en la vida del paciente, no es sin embargo suficientemente englobadora. Se deduce del análisis de Freud de este caso que la observación del coito tuvo en el niño un efecto más importante que el de una identificación con su padre en su acto sexual.

La reacción más violenta del niño consistió en identificarse con su madre y en recibir imaginariamente el falo del padre.

El niño —nos dice Freud— interrumpió el coito de los padres mediante una deposición. La excitación anal prevaleció en él.

El hombre de los lobos no vio, en efecto, en el acto de su padre, en esa fase de extrema juventud, sino una micción, recibida por vía anal por su madre. Así respondió a la excitación anal que él mismo experimentó por un regalo: el de un niño, las deposiciones.

Puede decirse que el deseo inconsciente primordial del hombre de los lobos es el de un comercio sexual anal con su padre. Las fantasías masoquistas del niño y sus numerosas rabietas que le atraían las fulminaciones paternas son realizaciones desviadas de ello.

Cuando el niño, al año y medio, observó la escena primordial, no percibió su sentido exacto: el de una relación de dos sexos constituidos de forma distinta, sino que sólo vio en ello una relación anal. No advirtió el sentido real de la castración de su madre.

No fue sino más tarde, con el auxilio de las alusiones malsanas de su contorno, con la ayuda de ciertos cuentos infantiles, que el sentido de la castración de la mujer se hizo a luz en él.

La elaboración inconsciente de este dato desembocó en el sueño de los lobos a los 4 años. Este sueño nos muestra que el niño comprendió al fin en ese momento el sentido real de la escena primordial, pero que lo rechazó. La castración ha sido «forclose» (repudiada). Pero nos parece que fue por otro motivo distinto del que invoca S. Leclair. El niño rechazó la castración porque constituía la condición demasiado exigente de una relación con el padre. No obstante, precisemos a partir de ahora que dos corrientes coexistían en él respecto a ello:

«Habría aprehendido la diferencia de los sexos y la existencia de la vagina, pero la habría rechazado. Rechazó la idea nueva por temor a la castración y se adhirió a la teoría de la cloaca. Tomó partido por el intestino contra la vagina. Por eso, el proceso entero del sueño fue

mantenido en la represión y excluido de una elaboración ulterior inconsciente.»

«Rechazó la castración y se atuvo a la teoría del comercio por el ano. Que la rechazó quiere decir que no quiso saber nada de ella en el sentido de la represión. Ningún juicio se refirió a la cuestión de su existencia. Sin embargo, hallamos posteriormente pruebas de que había reconocido la castración como existiendo realmente, pero una de estas reacciones no había eliminado la otra. En fin de cuentas, dos corrientes contrarias existían en él codo a codo, de las cuales una abominaba la castración, mientras que la otra estaba bien dispuesta a aceptarla y a consolarse con la feminidad como sustituto.» (Freud).

De esta dualidad de corrientes, que conciernen al juicio de existencia de la castración, concluyamos que el hombre de los lobos tenía una clara predisposición a ingresar rápidamente en la psicosis. Lo que se había producido, de otra parte, en la época en que lo cuidó Ruth Mack Brunswick. Una primera caída en la psicosis se había ya manifestado, desde la edad de 5 años, en la alucinación del dedo cortado, de la que trataremos seguidamente.

Sin embargo, una suerte de reconocimiento efímero de la castración lo mantuvo durante buen número de años en diversas formas neuróticas.

De otra parte, en el plano de la vivencia del deseo, digamos que el rechazo de la castración (pruebas: su temor de la disentería, su fobia de los animales) debe situarse en la línea de interpretación propuesta por S. Leclair. El rechazo provendría de una protesta de virilidad, surgida de un deseo de poseer a su madre, de seguir siendo un demiurgo, un intocable.

De otro lado, su deseo de la castración (pruebas: su afición a los sastres, su éxtasis cuando la perforación del grano infectado, sus irrigaciones) significa a la vez el deseo de ser liberado del domi-

nio de su madre y el de servir al coito de su padre.

Consideremos ahora de manera más precisa los hechos que pueden considerarse como ilustrativos de la noción lacaniana de «forclusión» o repudio.

*La alucinación del dedo cortado.* Esta alucinación muestra que la castración, al no haber sido localizada y situada en una red de conocimientos, al no haber sido integrada en la trama de un discurso personal, ha reaparecido en lo real, o más exactamente, en un modo de experiencia delirante de la realidad, de una realidad privada de toda dimensión verdaderamente simbólica.

El dedo, «cosa pequeña que puede separarse del cuerpo», se ve alucinatoriamente como cortado y la experiencia goza de una atmósfera de realidad. Esta alucinación muestra que el significante «castración» no ha sido nunca aplicado al significado —ausencia de pene— por un juicio de existencia y de atribución. Se sigue que este significante podrá revestir en la experiencia todas las formas significadas posibles. La relación simbólica y sustitutiva clásica no se fija de forma estable en la mente. Tan pronto será la nariz la afectada, tan pronto lo será el dedo, bien en otros momentos las heces procedentes del intestino serán asimiladas a la vivencia de la castración.

La ausencia de una simbolización de la castración significa también que el niño no ha pasado del registro de serlo (ser el falo) al tenerlo (o no tenerlo). Así, la fantasía del velo manifiesta igualmente la identificación total del paciente con el falo: se ve reentrado en el cuerpo materno (bajo la forma del «bâton» fecal), asimilado en su totalidad al falo. Esta no superación de «el ser» engendra en el hombre de los lobos la duda concerniente a su debilidad.

Otra ilustración de la «forclusión» o repudio es la *sintomatología de la nariz*. El paciente se cree y se observa, en el espejo que constantemente lleva consigo, señalado por una huella indeleble, por un agujero, por un defecto o falla en la nariz. Alterna-

tivamente, atribuye negativamente su culpabilidad a sus varios médicos.

Se trata igualmente aquí de una aparición de la castración en lo real imaginario.

Resumamos, en fin, la dualidad de actitud del hombre de los lobos con respecto a la castración por el análisis de la fantasía del velo.

Por un lado, esta fantasía muestra al hombre de los lobos otra vez ingresado en el cuerpo materno, identificado con el falo y dando satisfacción a un deseo de incesto. Por otro lado, la salida de las materias fecales lo hace renacer a una nueva vida, a un mundo de claridad en el que se halla liberado del dominio materno por la castración; recobra su autonomía; de otra parte, la castración le abre las puertas también de una existencia más feliz, al realizar la condición de un coito con el padre.

Esta fantasía condensa incluso la realización de la castración y del coito anal: al asimilarse el «bâton» fecal al falo paterno.

En suma, la castración es vivida por el enfermo como la condición de su curación en cuanto que lo libera de su madre y le da al mismo tiempo la satisfacción anal deseada.

Este caso muestra claramente el valor de la teoría lacaniana de la psicosis, el valor de las condiciones y de los efectos de su iniciación, especificados por J. Lacan.

Nos muestra que la no superación del Edipo coloca al sujeto bajo el régimen de la «forclusión» o repudio, o sea de la no-diferenciación del símbolo y de lo real.

La castración simbólica del Edipo es vivida como real por este enfermo que no ha podido desprenderse del dominio materno y constituirse en cuanto sujeto autónomo.

Este caso nos muestra con claridad los efectos de este fracaso al nivel de la utilización del lenguaje. El papel del perseguidor, aquí del castrador, lo desempeñan consecutivamente diversos hombres: desde sus profesores (llamados Wolf sobre todo) hasta sus distintos médicos.

El objeto alcanzado por la castración es igualmente intercambiable, desde las heces hasta la nariz, pasando por todos los significados. En el caso del hombre de los lobos, se trata evidentemente de una incapacidad de distinguir el significante y el significado.

Ejemplo notable, pues, el de este «hombre de los lobos», y muy útil para concluir el trazado o trayectoria del pensamiento lacaniano.

## CONCLUSIÓN

Iniciemos estas páginas con una pregunta esencial. ¿Qué pensar de Jacques Lacan y de su obra?

Al término de este estudio sobre el pensamiento y la obra de J. Lacan, en esta final de amplia labor de síntesis, de reflexión profunda, nos encontramos en un estado de ánimo bastante particular. Digamos entreverado.

Edificio de pensamiento excepcional, tal se nos ha revelado de lectura en lectura, de tanteos en precisiones, lo que se ha convenido en llamar el lacanismo. Se trata a nuestro juicio, tras esta larga perforación intelectual que nos fue necesaria, de una construcción notable. Posee su propia coherencia, su solidez lúcida y puede sacudir a quien se consagre a estudiarlo.

El genio de Jacques Lacan ha consistido, en nuestra opinión, en haber sabido sacar provecho de las elaboraciones más recientes y también las más en boga.

El estructuralismo en general, la lingüística, el freudismo, la antropología estructural, otros tantos elementos de la armazón que sostiene, equilibra el edificio lacaniano.

Pero si Jacques Lacan se halla en la ola del tiempo, también ha sabido hacer obra solitaria. Ha sabido poner el esquiife de su pensamiento en una vanguardia audaz, discutida, pero que no puede ser ignorada, omitida por quienes actualmente pretenden hablar de filosofía del hombre.